

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Esta mezcla extraña y exótica de gracias sultanescas se armonizaba con el estudio de nuestra gracia civilizada; estas ignorancias cándidas y estas intenciones de coquetería felina, esos voluptuosos ademanes que pretendían imitar púdicas reservas, me ofrecían el más encantador asunto de estudio que haya podido emprender jamás filósofo alguno. He de confesarte, sin embargo, que la educación de su inteligencia no caminaba al mismo paso que esta cultura superficial y las exponía a incurrir en numerosos solecismos. Tenía, además, interés en mantenerlas en cierta ignorancia de las leyes absolutas de nuestra sociedad. Imbuídas en sus creencias nativas, su credulidad aceptaba sin vacilar cuanto a mí me agradaba contarles acerca de las costumbres de los «harenes de Francia», y ellas se quedaban conformes sin pretender saber más.

Fueron naciendo no obstante en su espíritu, principios de independencia y de voluntad que debían irse afirmando a medida que aumentaba la elevación de sus sentimientos. La noción de un amor más tierno y más verdadero les servía en adelante de arma contra mi autoridad absoluta.

Satisfecho con ser un amante más bien que un amo, no perdía yo nada en ello. El amor adquiere mayor viveza con esas mil lindas estratagemas de una mujer que ama, que quiere... y no quiere. Y yo poseía cuatro mujeres. Por su parte, no teniendo otra ambición ni otro cuidado que el de agradarme como único objeto de su común cariño, cada una de ellas se esforzaba en conquistarme para obtener alguna ventaja sobre sus rivales, y esta emulación no dejaba de tener encantos para mí. Sin embargo aunque procedía en mis pruebas de cariño con rara equidad no siempre podía evitar disputas y celos. Eran entonces de ver las tristezas, los tiernos reproches y las nubes que se deshacían en llanto. Volvían a hacer las paces con ruidosa alegría; pero tú no sabes lo que cuesta mantener dentro de la concordia de un perfecto hogar a aquellas imaginaciones volubles, exaltadas

tieron al fin celos de Konyé-Gul. Esta cometía la imprudencia de aspirar a sobrepujarlas. «Konyé-Gul, decían ellas, quiere pasar por sabia y se las echa de sultana validé». Debo confesar que ella hacía todo lo posible por hacer resaltar tales ventajas, de que estaba no poco orgullosa. Una noche se sentó al piano y, como quien no hace nada, tocó un trocito de un vals que había aprendido en secreto para sorprenderme. Puedes adivinar el efecto. Aquel triunfo llevó a su colmo la excitación de las demás y la velada se pasó en disputas. Al fin un día, al llegar al harén, hallé a Konyé-Gul encerrada en su cuarto y deshecha en lágrimas. La tormenta, que había tardado tanto en formarse, había descargado al fin sobre su altiva cabeza: Hadiyé, Zura y Nazlí le habían dado una paliza.

Traté de apaciguar la discordia mediante una nueva declaración de principios. La reconciliación quedó sellada con muestras de efusión general; pero había nacido una facción. Cuando menos lo esperaba, Nazlí, Hadiyé y Zura volvieron a su idea de visitar en secreto el castillo. Aquel proyecto, siempre acariciado por ellas y que sólo había dado lugar hasta entonces a escaramuzas sin consecuencia, tomó entonces cuerpo y las tres combinaron sus maniobras de sitio con rara inteligencia, atrevimiento y prudencia. Su arma era la ternura y esas mil zalamerías femeninas que nos hacen siempre ceder a sus más injustos deseos. Mi hogar oriental no era ya



flores se ocultaba la trampa. Al do me hubieron aprisionado en cambiaron unánimemente de hablar de Ferouzat, pero empeprichos frívolos, piques repen...

zado. rico para dejarme vencer por to perfecto acuerdo fingia no ban haber obtenido la menor da la atención en Konyé-Gul y ndose a mi albedrío. Desgracia n mi debilidad para con ella, ra mediante un golpe de efecto, che hasta la puerta secreta, pa ó la carrera hacia el castillo á ancéme tras ella y no tardé en cha sus babuchas y su vestido al harén donde las otras pare n, el resultado de tan audaz vanagloriado de conseguir so escándalo era público. Después acía falta una lección; me moscena terrible. Konyé-Gul era llarse ante sus rivales que se aviada por el deshecho y arras o por completo conmigo; duran rogante y aceptó su desgracia cia la reconciliación.

(Continúa.)

xrite colorchecker CLASSIC

